

CAPITULO V

EL TÍTULO DE EMPERADOR

Pedro había comenzado sus años de aprendizaje por estudios científico-militares: sin contar con grandes estratégicos supo adquirir para su imperio posición en Europa y grande importancia por medio del desarrollo y acrecentamiento del poder militar de Rusia. En la carta del Czar, que ya hemos mencionado, dirigida á Alejo en el año 1715 le decía: «Tú no quieres saber nada de asuntos militares, por mas que nosotros hemos salido merced á ellos de las tinieblas á la luz; y los que antes no querían saber nada de nosotros, al presente nos estiman en alto grado.» El Czar había llegado á ser muy «considerado en Europa,» como se decía en el Occidente. El reciente aumento de poder en el Oriente excitó la admiración y también la cólera de los demás gobiernos. Antes de Pedro Rusia era ignorada como entidad política que estaba fuera de Europa; pero al fin de su reinado era ya temida. El embajador inglés en Constantinopla, hablando con el Visir, en el año de 1723, se expresó en términos muy duros, diciendo: «Todos los príncipes europeos están animados de espíritu hostil hácia ella (Rusia).»

A la creciente importancia de Rusia y á la marcha progresiva de su civilización á la europea, correspondió en aquel imperio el cambio del nombre del Estado y de su jefe: era preciso no hablar ya de Moscovia, ni de Czar; pues que había un emperador de Rusia.

Este título se había usado ya en tiempos anteriores alguna vez por excepción: en el siglo XVI encontramos designado con el nombre de «emperador» al gran príncipe Basilio Iwanowitz, en un tratado celebrado entre él y el emperador Maximiliano. A principios del siglo XVII, Demetrio trató de reclamar para sí el título de «Emperador.» En el año 1702, el nuncio del Papa en Viena dió seguridades al príncipe Golizyn respecto del título imperial. En un fragmento de actas inglesas del año 1710 se daba al Czar el título de «Emperador» y Golizyn manifestó en otro tiempo la pretension de que se usara dicho título de un modo regular. Sin embargo, en Rusia se reconocía la necesidad de hacer viable la aceptación general de dicho título, y en su consecuencia, el embajador ruso en Viena, Matweyeff, en el año 1713, recibió instrucciones para que se abstuviese de dar al Czar el título imperial en sus notas diplomáticas dirigidas al gabinete austriaco.

A la conclusion de la guerra del Norte, Pedro creyó que había llegado el caso de tomar de una manera formal y solemne el título de emperador. La dificultad estaba en cómo sería recibido tal paso en el Occidente de Europa.

Prusia y los Países-Bajos no titubearon un momento en reconocerle; pero en Viena causó la noticia muy distinta impresion. Cuando el embajador ruso, Lanchinsky, participó en audiencia privada al emperador Carlos VI el cambio realizado, recibió de este soberano una contestacion con voz intencionadamente baja é ininteligible; de suerte que la cuestion del reconocimiento quedaba en pié. Súpose que en el gabinete imperial había diversidad de pareceres en este punto: decían los unos que era mas conveniente reconocer desde luego el título imperial ruso, y por este medio obligar á Pedro á estar agradecido, que dar largas al asunto y aguardar á que todos los demás gobiernos hiciesen el reconocimiento para luego adherirse á su acuerdo. Los otros expresaron el temor de que por este medio se desdorasé la dignidad del título imperial, y de que otros príncipes se arrogaran el mismo título; que si Inglaterra hacia otro tanto, las demás potencias seguirían su ejemplo. Andaba, pues, fluctuando el

gabinete austriaco, y á fines del año 1721 envió dos notas diplomáticas sin dar en ellas al nuevo emperador el título de tal; así es que se aplazó la solución de la cuestion.

El regente de Francia hablando con el embajador ruso Dolgoruky, se expresó en estos términos: «Si yo solo hubiera de fallar en este asunto, no titubearia en acceder á los deseos de S. M.—de Pedro—; pero la cuestion es de tan gran importancia, que es preciso reflexionar sobre ella.»

También en Polonia hubo dificultades sobre el particular, pues se temió que el nuevo título pudiera servir de pretexto á los soberanos rusos, para reclamar ciertos territorios sujetos al cetro polaco; se trató algun tiempo de este punto, y también quedando en pié la cuestion.

En Dinamarca se quiso poner por condicion al reconocimiento del nuevo título, el que Rusia garantizase al rey de dicho país la posesion del Schleswig, ó por lo menos que el duque de Holstein, que despues se casó con Ana, hija de Pedro, abandonase á Rusia.

Hubo, pues, muchas dificultades para obtener la sancion oficial de Europa. Aparecieron á la sazón varios escritos de controversia, en los cuales se estudió la cuestion del nuevo título de emperador, y en uno de ellos iba contenida una protesta. Discutiendo las diversas significaciones de la palabra «Imperator» y estudiando la historia de este término, se vino á sacar por consecuencia que este título no convenia al Czar.

El año 1718 mandó Pedro imprimir la carta de Maximiliano dirigida á Basilio Iwanowitz, en la cual éste era designado con el título de emperador. En un folleto se trató de poner de relieve la falta de autenticidad de dicha carta (1).

Sin pié de imprenta se publicó además otro folleto, titulado: «Reflexiones políticas sobre la cuestion de si el título y nombre de emperador pueden conferirse al czar de Rusia, sin perjudicar á la Majestad imperial y á las altísimas dignidades del romano imperio, no menos que á las prerogativas é intereses de sus cristianos reyes y Estados libres.» El autor resuelve la cuestion en sentido negativo.

Publicáronse también á la sazón folletos favorables á Pedro, y las muchas ediciones, que de cada uno de ellos se hicieron, son prueba de que se leyeron y se extendieron mucho.

No se distingue en ellos, ni la agudeza escolástica de la crítica histórica que niega ó confirma la autenticidad de documentos antiguos, ni la deducción jurídico-dialéctica. Pero en el terreno de la política práctica sirvieron para obtener el reconocimiento del nuevo título, para demostrar la importancia del nuevo miembro de la familia político-europea y su participacion en los asuntos generales, y para asegurar la consideracion adquirida (2).

Las relaciones de parentesco de la dinastía del Czar con las familias reinantes de la Europa occidental, pudieron contribuir al logro de este objeto. La sobrina de Pedro se casó con el duque de Mecklenburgo y su hija Ana se desposó con el duque de Holstein: otra sobrina de Pedro se casó con el duque de Curlandia, pero quedó viuda al poco tiempo.

Entre los proyectos que acarició Pedro en los últimos años de su reinado se contaba el de casar á su hija Isabel con el rey de Francia Luis XV. En este último país se pensó que el duque de Chartres, hijo del Regente, contrajera matrimo-

(1) Carta ya citada del emperador Maximiliano I á Basilio Iwanowitz, etc., impresa en Freystadt, 1723.— Cuando el emperador José estuvo en San Petersburgo el año 1781, le fué presentado el original de esta carta; véase Minzloff, Littérature étrangère sur Pierre le Grand. San Petersburgo 1872, pág. 396.

(2) El reconocimiento del título imperial se hizo por Suecia en 1723, por Turquía en 1739, por Inglaterra y el emperador en 1742, por Francia y España en 1745, por Polonia en 1764. Véase Gradowsky, Fundamentos del derecho político-ruso, I, 156.

nio con Isabel y á esto iba unida la esperanza de que Pedro podría adquirir la corona de Polonia para su yerno. También se habló en Francia del duque de Borbon, como una de las personas mas indicadas para el matrimonio con Isabel. Pero cuando se dijo que el rey no se casaría con la princesa española que le estaba destinada, volvió Pedro otra vez al proyecto de hacer al rey yerno suyo, y el embajador ruso en Paris, Kurakin, recibió el encargo de activar la realizacion de este plan. Sin embargo, Luis era solicitado de todas partes, y no se logró llevar á cabo dicho casamiento. Tampoco dieron resultado alguno las negociaciones que se entablaron para casar á la hija de Pedro, Natalia, con el infante de España D. Fernando. La Czarewna había nacido en 1718, por consiguiente solo contaba cinco años en 1723, época en que el padre Arcelli, plenipotenciario del duque de Parma, fué á San Petersburgo á tratar del mencionado asunto. Murió á los siete años de edad.

Como se ve, no se logró gran cosa en lo referente á negociaciones matrimoniales en la época de Pedro. El matrimonio de su nieto con la princesa de Anhalt-Zerbst debió formar época.

Pero en lo demás Rusia supo sostener con firmeza en los últimos años del reinado de Pedro la importancia adquirida en el trascurso de los últimos decenios, merced á activas negociaciones diplomáticas, mezclándose en los asuntos de otros Estados cuando llegaba la ocasion y fomentando con energía los intereses propios.

En Polonia el embajador ruso no tuvo que representar un papel importante: la cuestion de los disidentes se puso á la órden del día y no debía retirarse del tapete hasta la reparticion. Se procedió de acuerdo con Prusia, respecto de la actitud que se había de adoptar en lo tocante á las mas importantes cuestiones de Polonia: en esta parte el oro ruso sirvió de influencia poderosa y á menudo decisiva sobre la Dieta. Podía esperarse fundadamente, que en la inmediata eleccion de rey nada se haría tampoco sin la anuencia de Prusia y Rusia.

La alianza con Prusia quedó consolidada: en vano intentó Sajonia alejar á Prusia de Rusia, aprovechando las ocasiones; inútilmente se esforzó la diplomacia inglesa por separar al imperio ruso de Prusia, estrechando al efecto sus relaciones amistosas con esta última y con Austria; Federico Guillermo I, se mantuvo fiel á su aliado, y solo alguna que otra vez se enfriaron las relaciones á consecuencia de los asuntos de la Curlandia ó de algunos «gigantes» cedidos al rey. Estas relaciones experimentaron durante el gobierno de la hija de Pedro tan poderoso cambio, que á consecuencia de él estuvo en serio peligro la consolidacion de la monarquía prusiana.

En Austria se marcaba la tendencia á dar oído á las influencias de Inglaterra, ante el creciente peligro para el Estado imperial que llevaba consigo la elevacion del poder de Rusia. En Viena se siguieron con angustiosa atencion los detalles de la guerra ruso-persa. El embajador inglés expuso lo imprudente que había sido Austria al rehusar la celebracion de una alianza con Inglaterra, para oponerse á Pedro antes de la paz de Rystadt, asegurando que el Czar establecería un grande y poderoso imperio merced á sus conquistas de Oriente. Asimismo los asuntos de Mecklenburgo, que ocasionaron varias veces desagradables contestaciones hasta el fin del reinado de Pedro, fomentaron cierto disgusto entre las cortes de Viena y San Petersburgo, si bien Pedro no dió mucha importancia á esta falta de benevolencia por parte de Carlos VI.

El aliado mas antiguo de Rusia, Dinamarca, tuvo que sentir á pesar suyo la preponderancia de su aliado. Cuando el emperador ruso manifestó al gobierno dinamarqués el deseo

de que los buques rusos quedasen libres de los derechos de aduanas, «empalidecieron» los ministros dinamarqueses, como dijo Bestusheff en carta dirigida al Czar. La aproximacion de Rusia al Holstein excitó en Dinamarca los mas serios recelos. Temióse que Pedro suministraría buques y tropas á su futuro yerno, y se creyó llegado el caso de hacer preparativos. Se pensó por de pronto en celebrar con Suecia una alianza ofensiva y defensiva con el objeto de oponerse á Rusia; pero el oro ruso ejercía á menudo decisiva influencia en Copenhague. En audiencias privadas y por medio de regalos á los hombres de Estado, procuró el embajador ruso influir sobre el rey, paralizando la accion de los ministros, y haciendo que continuara la política de Dinamarca en el carril de la de Rusia.

Con mas energía aun comenzó Rusia á intervenir en la lucha de los partidos de Suecia, donde los miembros de la Dieta y los ministros eran tan venales como los de Polonia. La conservacion de la constitucion de Suecia, monárquica en el nombre, oligárquico-republicana en la realidad, fué para Rusia el programa de su política en aquel país, así como la conservacion del *status quo* en Polonia pertenecía á los *arcana imperii* del nuevo Estado europeo. Por espacio de medio siglo, el embajador ruso en Estokolmo tuvo mas importancia que el rey, y solo la rivalidad de Francia tendió á poner coto á la influencia de Rusia, hasta que al fin Gustavo III logró una completa libertad é independencia.

Respecto de las relaciones de Rusia con Inglaterra, es de notar que Pedro sostuvo algunas en los últimos años de su reinado con el pretendiente Jacobo III, el cual escribió al Czar en junio de 1722 dándole las gracias por la benevolencia que hasta entonces le había mostrado, y manifestándole que abrigaba la esperanza de que Pedro, restaurando la dinastía de los Estuardos en Inglaterra, adquiriría una gloria aun mayor y restablecería la paz europea. Propuso también el plan de un desembarco de tropas rusas en Inglaterra.

El agente de Jacobo III, Tomás Gordon, entabló negociaciones con los rusos y pidió que Pedro suministrase al pretendiente un ejército de 6,000 hombres y además pertrechos de guerra y municiones para 20,000.

A principios de 1723 llegó otra carta de Jacobo en la cual felicitaba al Czar por sus conquistas de Persia y le repetía que nunca se presentaría ocasion mas propicia que entonces para el proyectado desembarco en Inglaterra; pero esto quedó en proyecto, en cuya realizacion no pudo pensarse seriamente.

Estas relaciones con el Pretendiente se aumentaron al mismo tiempo que el vivísimo interés de Pedro en la política comercial y en la correspondencia diplomática entre España y Rusia. Ya en 1717 Pedro había mandado de cónsul á Cádiz al príncipe Ichtscherbatoff y de consejero de legacion á Madrid al príncipe Golizyn, con el ánimo de abrir en dichos puntos nuevas vías comerciales para Rusia. Estos diplomáticos tuvieron una acogida tanto mas benévola, cuanto que en España se tenía un elevado concepto del Czar, y la alianza con él se consideraba como medio muy á propósito para la lucha con Inglaterra. En el año 1723 se resolvió Pedro á tener un embajador permanente en España; éste, que fué Sergio Golizyn, quedó encargado de proporcionar datos acerca del estado de los asuntos de España. El gobierno español nombró embajador en Rusia al duque de Liria, sobrino del pretendiente Jacobo III, que tomó posesion de su cargo poco despues de la muerte de Pedro, y residió en San Petersburgo por espacio de muchos años. La mas importante de las instrucciones que recibió, fué la referente á la actitud que debían adoptar España y Rusia enfrente de Inglaterra.

Vemos, pues, á Rusia intervenir activamente en todas partes á fines del reinado de Pedro; todos la consideraban, solicitándola unas veces, temiéndola otras. Recuérdese los zafios y groseros que se presentaban en la Europa occidental los embajadores moscovitas antes del reinado de Pedro; cómo la participación de Rusia en las cuestiones generales de la política europea se limitaba entonces á cierto interés en la guerra con Turquía; cómo los diplomáticos europeos hablaban de Rusia, cual si se tratara de un objeto curioso, aun en la época de los famosos viajes de Pedro, á la manera que hoy, cuando se presenta una embajada de Marruecos ó de Birmania, cual si fuera del otro mundo, se la mira con mas curiosidad que real interés político; recuérdese esto, decimos, y será preciso reconocer, que Pedro tenia razon al pensar que los rusos habian salido de las tinieblas á la luz, y que, los que antes no querian saber nada de Rusia, la respetaban á la sazón en alto grado.

En efecto, este cambio era debido en primer término á la personalidad de Pedro. Siempre se tuvo la idea en el Occidente de que la posición de Rusia en el mundo era debida al Czar y á su iniciativa. Hasta qué punto era apreciada su energía y el alcance de su talento, puede verse de la manera mas clara por la profunda impresión que produjo en el mundo su muerte, acaecida con relativa celeridad. La situación política de Rusia pareció cambiar de pronto; y era general la creencia de que se amenguaria su importancia. No se creía en el regular y progresivo desarrollo de los intereses rusos; dábase como inverosímil que Catalina, esposa de Pedro, en cuyas manos puso Menschikoff las riendas del gobierno, se consolidara en el trono.

En el Occidente causó satisfacción la noticia de la muerte de Pedro: en todas partes fué grato el anuncio del cambio de soberano en Rusia. En febrero de 1725 el agente ruso

en Polonia, Rudakowsky, escribió una carta al Czar, diciéndole que sus enemigos habian propalado la noticia de su muerte.

«Las mosquitas muertas—continuaba Rudakowsky,—han empezado á levantar la nariz á este rumor, y piensan que el imperio ruso se ha derrumbado; por todas partes reina la mayor alegría; por do quiera se oyen salvas en señal de regocijo; se bebe en abundancia.» El embajador ruso en Estokolmo escribió diciendo, que despues de recibir la noticia del fallecimiento estuvo en la corte, donde habia visto al rey y á sus partidarios «entregados á la mayor alegría, y que por todas partes era general la convicción de que en Rusia reinaria á la sazón el mayor desórden.» Bestusheff anunció desde Copenhague, que á la noticia del fallecimiento de Pedro, todos, lo mismo «los principales de la corte que el pueblo bajo,» llenos de alegría se embriagaron celebrando el acontecimiento. La reina dió mil ducados á los pobres, aparentemente para celebrar la convalecencia del rey, pero en realidad, segun se decia, para mostrar su regocijo por la muerte de Pedro. El rey, por lo demás, añadia Bestusheff, ha estado exasperado ante tales manifestaciones de júbilo; pero en general se espera que ahora reinará en Rusia la mayor anarquía.

Fué excepcion de la regla el rey Federico Guillermo I de Prusia, el cual sintió mucho de todas veras la muerte de su aliado. Cuando el embajador prusiano en Rusia, Mardefeld, consultó al rey sobre la forma en que debia guardar el luto, le contestó el rey que en la misma que si él hubiera muerto.

Hubo realmente un vacío en Rusia cuando Pedro dejó de existir; pero no se confirmaron las conjeturas de que el imperio ruso se derrumbara y que la anarquía general reinara en él; con lo cual quedó demostrado que Pedro habia creado una situación permanente.

LIBRO QUINTO

TRABAJOS EN EL INTERIOR

CAPITULO PRIMERO

INTERIOR, VIDA POLÍTICA

En su decreto sobre el llamamiento de los extranjeros en 1702, decia Pedro, que su aspiración desde el principio de su reinado habia sido hacer feliz al pueblo, y asegurar su bienestar material. Esta consideración preferente al bienestar del pueblo, es la proposición fundamental del despotismo ilustrado, en contraposición á aquel otro despotismo, ya desacreditado, cuyo representante habia sido Maquiavelo. Conforme con el primero, fueron todas las medidas adoptadas por Pedro concernientes á las relaciones interiores, de que hemos hablado en otro lugar. Este principio se presentó incomparablemente mas claro en época posterior.

Increíbles esfuerzos fueron necesarios para asegurar al imperio ruso un puesto en el sistema político europeo, y para resolver las mas importantes cuestiones de la política exterior. En todo este tiempo no cesó ni por un momento la actividad de Pedro en hacer reformas en el interior del imperio. Su actividad en el terreno de la administración y legislación, de la buena y recta justicia y de la policía, demuestra,

que para él, la preponderancia que luchaba por conseguir, solo servia para el logro de mas altos fines. Al lado del incierto juego de la guerra, que aseguró y engrandeció en el exterior el edificio del Estado, importaba llevar adelante el trabajo de organización interior, que era mas útil y provechoso en sus resultados, aunque menos brillante. En todos los terrenos habia que crear algo nuevo; y en esto sin que el Czar se esforzara por conseguirlo, conquistó gloria mas duradera que la alcanzada en campañas militares y diplomáticas, en batallas y sitios, en anexiones y conquistas. Tenia razon Leibnitz, cuando, inmediatamente despues de la batalla de Poltawa, escribió á Urbich diciéndole que el resultado de los asuntos políticos seria insignificante comparado con la eterna bendición alcanzada en las conquistas hechas en el campo del entendimiento, y que nada enaltecia tanto al Czar como la propagación de la civilización en su imperio.

En efecto, los resultados políticos pudieron, en primer término, asegurar el trabajo en el interior y dar espacio y tiempo á las reformas; la lucha en el exterior, cuyo objetivo era el afianzamiento del comercio con Europa, debió prece-

wa se hizo mucho en el terreno de la legislación y de la administración, la actividad del Czar tuvo mas intensidad en el interior del imperio despues de dicha batalla, y el sistema pedagógico-popular de Pedro trabajó en la segunda mitad de su reinado con mas vigor y mejor resultado que antes.

A veces se notaba que los cuidados y fatigas ocasionados por la política exterior no le dejaban entregarse á este trabajo de las reformas; era preciso el descanso á su no interrumpida actividad; muchas cosas se hicieron como por salto y muchas como arriesgado experimento. Al pensamiento naciente seguía su ejecución, por cuya razon no es extraño que la nueva fundación se resintiese de falta de ensayos. Se dieron multitud de leyes y decretos con el objeto de establecer el órden y bienestar, y colmar al pueblo de favores, pero no faltaron errores, atropellos ó injusticias. Es de notar en la obra reformista de Pedro, que éste se reservaba toda la iniciativa; que no estaba secundado en su trabajo por la opinión pública y que para la realización de sus proyectos no disponia de ninguna clase de material á propósito, ni de empleados instruidos. En el terreno de los asuntos políticos fueron sus confidentes los Kurbatoff y Menschikoff, los Apraxin y Jagushinsky, tan *dilettanti* ó *auto-didactos* como el mismo Pedro. Todos tuvieron que ensayar mañana prácticamente el valor de lo que aprendian hoy, para ver el resultado que daba. Si para salir adelante se tomaban consejeros extranjeros mas experimentados é instruidos, como un Patkul, un Lee, un Leibnitz, hubo que pasar por el inconveniente de que las ideas de tales varones no se amoldaban bastante á ciertas circunstancias, y correspondian al doctrinarismo que habia en la atmósfera de aquella época.

Hemos visto que Pedro entregó á otros los asuntos del gobierno hasta su regreso del extranjero en el año 1698, y que entonces se manifestó su iniciativa en todos los puntos y en todas las esferas al principiar las reformas; pero poco despues, la guerra reclamó la presencia del Czar que siempre estaba en viaje; no habia, pues, que pensar en una continuidad de trabajos gubernativos, si no creaba formas orgánicas para la administración, si no las hacia penetrar para siempre en el centro del imperio.

En los primeros años de la guerra del Norte continuaron gobernando los boyardos en Moscou por el sistema antiguo. Reinaba allí grande arbitrariedad y capricho, y el gobierno no tenia ningun prestigio. Los que tenian confianza en la capacidad y rectas intenciones del Czar, debian desear con anhelo la terminación de la guerra, porque solo la paz podia permitir al Czar fijar su residencia de un modo estable en la capital é intervenir con regularidad en los asuntos corrientes.

Es, por consiguiente, de gran interés ver, cómo al lado del antiguo Consejo de los boyardos, creó nuevos puestos para las capacidades que iban sobresaliendo, y cómo fueron llamados á la vida nuevos funcionarios para las nuevas necesidades del gobierno y de la administración. El funcionario mas próximo al Czar y por lo mismo mas influyente, Menschikoff, no disfrutó de la superior categoría de la antigua jerarquía social: tampoco encontramos, ni á Apraxin, ni á Romodanowsky, confidentes del Czar, en el catálogo de dignatarios de antigua raza. Aquellos hombres que realmente dirigian los trabajos del gobierno, que cooperaban de una manera indecible á los proyectos del Czar, y que tenian sobre sí grandísima responsabilidad, como Menschikoff ó Kurbatoff, nunca tuvieron los altísimos títulos antiguos de Okolnitschy, ó de Boyardo, ó como v. gr., Scheremetyeff, Golowin y otros, cambiaron estos títulos por los de «conde» que se usaban en Europa. Los antiguos dignatarios que llevaban los títulos de «Djak,» «Dworjanin,» «Okolnitschy» y «Bojarin,» parecian estar á punto de desaparecer. Ya

habia dicho Schaklowity, refiriéndose á los antiguos boyardos, que se les podia comparar con un tronco seco, cuya caída se espera de un momento á otro.

Pedro fué y permaneció siendo por largo tiempo el alma exclusiva del gobierno: á cualquiera parte adonde iba ó se fijaba, allí estaba el centro de la administración y legislación. A consecuencia de esto, se creó la institución del «Gabinete» del Czar, que siempre se hallaba á su lado, sea que estuviere en la capital ó bien de viaje. Todas las relaciones y consultas, peticiones y quejas debian ser dirigidas al «Gabinete.» Tenia gran importancia el secretario del gabinete, cargo que desempeñó Alejo Basiliowitz Makaroff durante todo el reinado de Pedro, pues por su mano pasaban todos los papeles que habia de examinar el Czar. Era únicamente empleado de la cancillería, escribiente, pero su trato diario con el Czar le hizo aparecer como un personaje de grandísima influencia. Magnates como Apraxin, dirigian á Makaroff cartas aduladoras solicitando el favor de este funcionario, que, por lo demás, carecia de toda iniciativa, y solo se distinguía por su laboriosidad y leal adhesión. A él encomendó Pedro, como ya sabemos, la redacción de la historia de la guerra del Norte, trabajo á cuya altura no estuvo el burócrata (1).

Pedro necesitaba una máquina política que trabajara con una energía incomparablemente mayor que lo habian hecho los antiguos órganos de la administración y del gobierno. Una riqueza de ideas, una fuerza de voluntad y un sentimiento del deber tales como se veian en él, no podian echar mano de antiguas instituciones, como el Consejo de los boyardos. Esta asamblea patriarcal, que perseveraba en su servil devoción, estupidez y pobreza de ideas, que se componia de miembros en parte incapaces, que solo figuraban en el Consejo por su alta alcurnia, no podia prestar al Czar servicio alguno importante: tal asamblea no tuvo ni iniciativa ni responsabilidad de ninguna especie. Pedro necesitaba órganos mas activos, mas enérgicos, mas independientes. Mientras él estuvo perentoriamente ocupado en la guerra y otros asuntos, le valió mucho el saber dejar en su lugar autoridades idóneas, cuyos representantes eran de capacidad y tenian conciencia de su deber. Trasformar el consejo de los boyardos en otra institución no era posible: el Czar no queria echar el vino nuevo en vasijas viejas; era preciso crear una cosa enteramente nueva.

Nada sabemos acerca de la abolición del consejo de los boyardos; no ha llegado á nosotros ningun ukase sobre el particular. Es de presumir que llevó una existencia aparente por espacio de algun tiempo, y que se prescindió de él tácitamente, mientras á su lado nacian otras instituciones politico-administrativas que obraban con mas vigor y que tenian mayor competencia. Se puede conjeturar que el Czar agregó los mas capaces de entre los miembros del consejo de los boyardos á su «inmediata cancillería,» sobre cuya época de fundación y modo de ser reina la misma incertidumbre. Es lo cierto, que esta «Cancillería» existia ya en marzo de 1704, como la suprema autoridad central administrativa, mientras que encontramos la última huella de la existencia del Consejo de los boyardos en las actas del 18 de febrero de 1700. Los miembros de esta «Cancillería» son llamados algunas veces «Ministros.» Del año 1707 hay una órden del Czar, en virtud de la cual, los ministros que deliberaban y resolvian en la Cancillería, debian llevar y firmar en comun un protocolo sobre todos los asuntos «para que se viesen to-

(1) Véase sobre Makaroff y el Gabinete á Ssolowieff, 2 y sig. Las obras histórico-jurídico-políticas de Gradowsky, Petrowsky y otros nos arrojan por desgracia suficiente luz sobre la importancia del «Gabinete.»